sistia en diez platos de oro, de valor de muchos miles de pesos; mil y quinientos vestidos, y una gran provision de comestibles: dando gracias al general español, en nombre del monarca, por el castigo que habia dado á los Cholultecas, y asegurando que el ejército que se habia alistado, para sorprender á los españoles en el camino, era de Acatzinqueses y de Itzocaneses, aliados de Cholula, los cuales, aunque súbditos de la corona, habian tomado las armas sin órden de su soberano. Los embajadores aseguraron esto mismo con su juramento, y Cortés fingió darles crédito.

No es fácil descubrir la verdad en este negocio, ni puedo ménos de censurar la ligereza con que los autores aseguren tan francamente lo que de un todo ignoraban. ¿Por qué se ha de dar asenso á los Cholultecas, hombres dobles y falsos, como todos confiesan, y no á los Mexicanos, y al mismo Moteuczoma, que por la eminencia de su carácter es mas digno de confianza? La conducta constantemente pacífica de aquel monarca para con los españoles, á quienes no hizo el menor daño, en tantas y tan oportunas ocasiones como tuvo de esterminarlos, y la moderacion con que siempre habló de ellos, como confiesan los mismos historiadores, hacen increible la escusa de los Cholultecas: por otro lado, le dan alguna apariencia de verdad, ciertos indicios, aunque oscuros, de la indignacion de Moteuczoma, y sobre todo, las hostilidades cometidas en aquella misma época contra la guarnicion de Veracruz por un poderoso feudatario de la corona de México.

REVOLUCION DE TOTONACAPAN.

Cuauhpopoca (1), señor de Nauhtlan, ciudad llamada por los españoles Almería, situada en la costa del seno Mexicano, á treinta y seis millas al Norte de Veracruz, y cerca de los confines del imperio, tuvo órden de Moteuczoma de reducir á los Totonacas á la debida obediencia, inmediatamente despues que Cortés se retirase de aquellas costas. Para cumplir este mandato aquel caudillo, requirió con amenazas de los pueblos desobedientes, el tributo que debian pagar á su soberano. Los Totonacas, insolentados con el favor de sus nuevos amigos, respondieron con arrogancia que no debian homenaje alguno á quien ya no era su rey. Viendo entónces Cuauhpopoca que de nada servian sus amonestaciones, y que no conseguia reducir aquellos hombres, demasiado fiados en la proteccion de los españoles, y ya resueltos á no respetar á su monarca, poniéndose á la cabeza de las tropas mexicanas de la frontera, empezó á hacer correrías en los pueblos de Totonacapan, castigando con las armas su rebelion. Los Totonacas se quejaron á Juan de Escalante, gobernador de Veracruz, y le rogaron que se opusiese á la crueldad de los mexicanos, ofreciéndose á poner á sus órdenes un buen número de tropas. Escalante envió al gefe de los Mexicanos una cortés embajada para disuadirlo de aquella empresa, que segun creia, no podia ser agradable al rey Mexicano, á quien tantas pruebas de favor debian los españoles, amigos de los Totonacas. Cuauhpopoca respondió que él sabia mejor que los españoles si era ó no grato á su rey el castigo de los rebeldes; que si los españoles querian favorecerlos, él con sus tropas los aguardaria en las llanuras de Nauhtlan, á fin de que las armas decidiesen de su suerte. No pudo sufrir esta respuesta el gobernador, y sin pérdida de tiempo marchó al punto señalado con dos caballos, dos pequeños cañones, cincuenta peones españoles, y cerca de diez mil Totonacas. Estos se desbarataron al primer ataque de los Mexicanos, y la mayor parte de ellos se pusieron en fuga; pero con vergüenza suya, los españoles continuaron valientemente el empeño, haciendo no poco daño á los Mexicanos; los cuales, no habiendo esperimentado la violencia de la artillería, ni el modo de combatir de los españoles, se retiraron despavoridos á la próxima ciudad de Nauhtlan. Los españoles los persiguieron furiosamente, y

(1) Bernal Diaz lo llama Quetzálpopoca, que tambien es nombre mexicano.

pegaron fuego á algunos edificios: mas esta victoria costó la vida al gobernador, el cual murió al cabo de tres dias de sus heridas; á seis ó siete soldados, y á muchos Totonacas. Uno de aquellos soldados que tenia la cabeza gruesa, y el aspecto feroz, fué hecho prisionero y enviado á México; pero habiendo muerto en el camino, de sus heridas, solo llevaron á Moteuczoma la cabeza, cuya vista lo horrorizó en tales términos, que no permitió que se ofreciese á sus dioses en ningun templo de la capital.

Tuvo Cortés noticia de estas revoluciones ántes de salir de Cholula (1); pero no quiso decir nada, ni descubrir sus inquietudes, por no desanimar á sus soldados.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES A TLALMANALCO.

No teniendo ya nada que hacer en Cholula, continuó Cortés su viaje hácia México, con sus españoles, con seis mil Tlaxcaltecas, y con algunas tropas huexotzingas y cholultecas. En Izcalpan, pueblo de Huexotzinco, á quince millas de Cholula, salieron de nuevo á cumplimentarlo los señores de aquel estado, y á prevenirle que desde aquel punto habia dos caminos para México: uno abierto y cómodo, que pasaba por unos barrancos donde podia temerse alguna emboscada de los enemigos; otro embarazado con árboles cortados á propósito, y que sin embargo era el mas corto y seguro. Cortés se aprovechó del aviso, y en despecho de los Mexicanos, hizo desembarazar el camino de los obstáculos que lo obstruian, alegando que la dificultad era mayor aliciente para el valor de los españoles. Siguió caminando por aquellos grandes pinales y encinales, hasta llegar á la cima de un alto monte llamado Ithualco, entre los dos volcanes, Popocatepec é Iztaccihuatl, donde encontraron unas casas grandes, destinadas al alojamiento de los mercaderes mexicanos. Allí tuvieron noticia de la atrevida empresa del capitan Diego de Ordaz, el cual pocos dias ántes, para dar á conocer á aquellos pueblos el valor de su nacion, subió con otros nueve soldados á la altísima cumbre del Popocatepec, aunque no pudo observar la boca ó cráter de aquel gran volcan, por causa de la alta nieve que en él habia, y de las nubes de humo y ceniza que lanzaba de sus entrañas (1).

De la cima de Ithualco observaron los españoles el bellísimo valle de México; pero con bien diversos sentimientos: unos se deleitaron con la perspectiva que ofrecian sus lagos, sus amenas llanuras, sus verdes montañas, y las muchas y hermosas ciudades que lo cubrian: en otros se reanimó la esperanza de enriquecerse con la presa de tan prósperos paises; pero algunos, mas prudentes y cautos, se estremecieron al contemplar la temeridad de arrostrar tan graves peligros, y de tal modo se amedrentaron, que hubieran regresado desde allí á Veracruz, á no haberlos estimulado Cortés á seguir en la empresa comenzada, valiéndose de su autoridad, y de las razones que le sugirió su buen ingenio.

Entre tanto Moteuczoma, consternado por el suceso de Cholula, se retiró al palacio *Tlitlancalmecatl*, destinado para tiempos de duelo, y allí estuvo ocho dias ayunando, y ejercitándose en las acostumbradas austeridades, para granjearse la proteccion de los dioses. Desde aquel mismo retiro envió á Cortés cuatro personajes de su corte, con un regalo y nuevos ruegos, y pretestos para disuadirlo de su viaje, ofreciéndose á pagar anualmente un tributo al rey de España, y á

(1) Todos ó casi todos los historiadoros dicen que Cortés recibió esta noticia, hallándose en México; pero el mismo Cortés asegura que la tuvo en Cholula.

(1) Bernal Diaz, y casi todos los historiadores, dicen que Ordaz subió á la cima del Popocatepec, y observó la boca de aquel famoso monte; pero Cortés, que lo sabia mejor, dice lo contrario. Sin embargo, Ordaz obtuvo del rey católico el permiso de poner un volcan en su escudo de armas. Esta gran empresa estaba reservada para Montaño y otros españoles, que despues de la conquista de México, no solo observaron el espantoso cráter, sino que entraron en él, con evidente peligro de la vida, y de allí sacaron una gran cantidad de azufre para hacer la pólvora de que necesitaban.

dar al general cuatro cargas de oro, y una á cada uno de sus oficiales y soldados (1), si volvian atras desde aquel punto en que se hallaban. ¡Tan grande era el recelo que inspiraban los españoles á aquel supersticioso príncipe! No hubiera hecho mas urgentes diligencias para evitar su presencia, aun habiendo previsto los males que debian hacerle. Los embajadores alcanzaron á Cortés en Ithualco: el regalo que traian era de muchas alhajas de oro, que importaban una crecida suma. Cortés les hizo los mayores obsequios, y respondió dando gracias al rey por su generosidad, y por sus magníficas promesas, á las cuales esperaba corresponder con buenos servicios; mas protestando al mismo tiempo que no podia volver atras sin ser culpable de desobediencia para con su soberano, y que procuraria no hacer el menor perjuicio con su venida al estado: que si despues de haber manifestado verbalmente á su magestad la embajada que traia, y que no podia confiar á otra persona, juzgaba aquel monarca no convenir al bien de su reino la permanencia de los españoles en la corte, sin tardanza volveria á ponerse en camino para restituirse á su patria.

Aumentaban la inquietud de Moteuczoma las sugestiones de los sacerdotes, y especialmente lo que le dijeron de ciertos oráculos de sus falsos númenes, y de unas visiones que referian habérseles aparecido aquellos últimos dias. Estos artificios lo consternaron en tales términos, que sin esperar el éxito de la última embajada, celebró otro consejo con el rey de Texcoco, con su hermano Cuitlahuatzin, y con los otros personajes que solia consultar, los cuales se mantuvieron en sus primeras opiniones: Cuitlahuatzin, en la de no permitir á los españoles la entrada en la corte, y de hacerlos salir del reino por fuerza, si era necesario; y Cacamatzin, en la de recibirlos como embajadores, puesto que no faltaban recursos al rey de México para reprimirlos, en caso de que maquinasen algo contra su real persona, ó contra el estado. Moteuczoma, que siempre habia seguido el parecer de su hermano, abrazó en aquella ocasion el del rey de Texcoco; pero encargó á este que fuese al encuentro de los estranjeros, y procurase disuadir al general de su viaje. Entónces Cuitlahuatzin, vuelto al rey su hermano, le dijo: "Los dioses quieran, señor, que no admitais en vuestra casa al que de ella os arroje, y que cuando querais poner remedio al daño, tengais medios y ocasion de hacerlo." "¿Qué hemos de hacer? respondió el monarca. Nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros dioses mismos, en vez de favorecernos, amparan á nuestros contrarios. Estoy resuelto, y quisiera que todos se resolviesen á no huir, ni mostrar la menor cobardía, suceda lo que sucediere; pero me compadece la suerte de los viejos y de los niños, que no pueden oponerse á la violencia que nos amenaza."

Cortés, despedidos los embajadores, se dirigió con sus tropas á Ithualco, encaminándose por Amaquemecan y Tlalmanalco, ciudades que distaban entre sí cerca de nueve millas, y que estaban situadas en la pendiente de aquellas grandes montañas. Amaquemecan, con los caseríos inmediatos, contenia una poblacion de veinte mil habitantes (1). En estos pueblos fueron bien recibidos los españoles, y muchos señores de aquella provincia visitaron á Cortés, y le presentaron cierta cantidad de oro y algunas esclavas. Estos personajes se quejaron amargamente de las vejaciones que sufrian del rey de México y de sus ministros, en los mismos términos que lo habian hecho los de Cempoala y de Quiauitztla, y por sugestion de los Cempoaltecas y de los Tlaxcaltecas, que acompañaban á Cortés, se confederaron con los españoles, para mantener su independencia. Así que, miéntras mas se internaban aquellos estranjeros en aquel pais, mas aumentaban sus fuerzas, á guisa de un arroyo que con las aguas que recibe en su curso crece hasta llegar á ser un gran rio.

[1] Siendo la carga ordinaria de un Mexicano de cincuenta libras españolas, ú ochocientas onzas, podemos conjeturar, en vista del número de españoles, que la contribucion que ofrecia Moteuczoma valia mas de seis millones de pesos.

[1] Amaquemecan, que los españoles llaman Mecameca, es ahora un pueblo, conocido por haber nacido en él la célebre monja Ines de la Cruz, muger de prodigioso ingenio, y de no vulgar literatura.

De Tlalmanalco marchó el ejército hácia Ayotzinco, pueblo situado á la orilla meridional del lago de Chalco (1), donde estaba el puerto para los barcos que hacen el comercio con los paises situados á Mediodía de México. La curiosidad de observar el campo de los españoles costó cara á muchos Mexicanos, pues las centinelas, creyéndolos espías, por el miedo que siempre tenian de alguna traicion, mataron quince aquella noche.

VISITA DEL REY DE TEXCOCO A CORTES.

Al dia siguiente, cuando estaban los españoles prontos á marchar, llegaron cuatro nobles Mexicanos con la noticia de que el rey de Texcoco venia á visitar al general español, en nombre del rey de México. No tardó en llegar aquel personaje, en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro domésticos, y seguida de una numerosa y brillante comitiva de nobleza mexicana y texcocana. Cuando llegó á vista de Cortés, bajó de la litera, y empezó á andar, precedido por algunos de sus servidores, que iban quitando del camino todo cuanto podia ofender sus piés ó su vista. Los españoles quedaron maravillados de tanta grandeza, y por ella conjeturaron cuánta seria la del rey de México. Cortés salió á recibirlo á la puerta de su alojamiento, y le hizo una profunda reverencia, á la que respondió el rey tocando la tierra con la mano derecha y llevándola á la boca. Entró con aire noble y magestuoso en una de las salas, y habiendo tomado asiento, dió la enhorabuena al general y á sus capitanes por su feliz llegada, y aseguró los grandes deseos que tenia su tio el rey de México de estrechar amistad, y vivir en buena correspondencia con el gran monarca de Levante, que los habia enviado á aquellos paises; pero al mismo tiempo exageró las grandes dificultades que era necesario superar ántes de llegar á la capital, y rogó á Cortés que mudase de propósito, si queria complacer al rey. Cortés respondió que si volvia atras sin desempeñar su embajada, faltaria á su obligacion y daria gran disgusto á su soberano, especialmente hallándose tan cerca de la corte, y habiendo vencido tantos obstáculos y peligros en tan largo viaje. "Si así es, dijo entónces el rey, en la corte nos veremos;" y despidiéndose cortesmente, despues de haber recibido algunas frioleras de Europa, dejó allí una parte de la nobleza, á fin de que acompañase á Cortés en su viaje.

De Ayotzinco marcharon los españoles á Cuitlahuac, ciudad fundada en una isla del lago de Chalco, y aunque pequeña, la mas hermosa, segun dice Cortés, que habian visto hasta entónces. Comunicaba con tierra firme por medio de dos anchos y cómodos caminos, construidos sobre el lago: el uno, á Mediodía, que tenia dos millas de largo, y el otro que tenia algo mas, y estaba al Norte. Marchaban los españoles alegrísimos, al ver la muchedumbre y hermosura de los pueblos que habia en el lago, los templos y las torres que se erguian sobre los otros edificios, las arboledas que hermoseaban los sitios habitados, los huertos y jardines flotantes, los innumerables barcos que navegaban en todos sentidos; pero no ménos se amedrentaban al verse rodeados de la inmensa multitud de gente que de todas partes acudia á verlos: por lo que mandó Cortés que marchasen en buen órden y apercibidos, y previno á los indios que no les embarazasen el paso, ni se acercasen á las filas, si no querian ser tratados como enemigos. En Cuitlahuac fueron bien alojados y

[1] Solis confunde Amaquemecan con Ayotzinco. Amaquemecan no ha estado nunca, como él dice, en las orillas del lago, sino distante de él mas de 12 millas, á la falda de un monte. La visita del rey de Texcoco fué sin duda en Ayotzinco, como afirman los historiadores bien informados, y como se infiere de la relacion de Cortés. Bernal Diaz dice que la visita se verificó en Iztapalatenco; mas este es un error, hijo de poca memoria.

obsequiados. El señor de aquella ciudad se quejó secretamente á Cortés de la tiranía del rey de México, se confederó con él, y le hizo saber cuan cómodo era el camino para la capital, la consternacion en que habian puesto á Moteuczoma los oráculos de sus dioses, los fenómenos del cielo, y la felicidad de las armas españolas.

VISITA DE LOS PRINCIPES DE TEXCOCO, Y ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN AQUELLA CAPITAL.

De Cuitlahuac se dirigieron por el otro camino á Iztapalapan, y en él aguardaban á Cortés nuevas prosperidades. El príncipe Ixtlilxochitl, viendo que Cortés no habia querido hacer el viaje por Calpolalpan, donde lo aguardaba, resolvió salirle al encuentro en el camino de Iztapalapan. Marchó con este objeto á la cabeza de un gran número de tropas, y pasó por junto á Texcoco. Noticioso de esta novedad el príncipe Coanacotzin, su hermano, que desde los disgustos que con él habia tenido tres años ántes, y de que he hecho mencion, no lo trataba, ni tenia la menor comunicacion con él, ó movido por el amor fraterno, ó seducido por la esperanza de mayores ventajas, que con su union podria granjearse, salió á encontrarlo en el camino, donde los dos hermanos tuvieron una esplicacion, se reconciliaron y se pusieron de acuerdo en unirse con los españoles. Caminaron juntos hasta Iztapalatenco, y allí los alcanzaron. Cortés, viendo venir tanta gente armada, tuvo alguna inquietud; pero informado de la calidad de aquellos personajes, y del motivo de su venida, salió á recibirlos, y hechos mutuamente los debidos cumplimientos, convidaron los dos príncipes á Cortés á ir á Texcoco, y él se dejó fácilmente persuadir, por la gran utilidad que pensaba sacar de Ixtlilxochitl, cuyo afecto á los españoles era ya bastantemente conocido.

Era entónces Texcoco, aunque algo inferior á México en la magnificencia y en el esplendor, la ciudad mas vasta y populosa de todo el pais de Anáhuac. Su poblacion, comprendida la de Huexotla, Coatlichan y Atenco (que por estar contiguas á ella se consideraban como sus arrabales), era, segun dice Torquemada, de ciento cuarenta mil casas. A los españoles pareció de doble estension que Sevilla. La grandeza de los templos y palacios reales, la hermosura de las calles, de las fuentes y de los jardines, eran á sus ojos otros tantos objetos de admiracion.

Entró Cortés en aquella gran ciudad [1] acompañado por los dos príncipes, y por mucha nobleza acolhua, en medio de un concurso inmenso de espectadores. Fué alojado, con todo su ejército, en el palacio principal del rey, donde el trato de su persona correspondió á la dignidad del alojamiento. Allí le espuso el príncipe Ixtlilxochitl sus pretendidos derechos al reino de Acolhuacan, sus quejas contra su hermano Cacamatzin y contra el rey de México, su tio. Cortés le prometió ponerlo en posesion de la corona, inmediatamente despues de haber terminado sus negociaciones con Moteuczoma, y sin detenerse en aquella corte, marchó á Iztapalapan [2].

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN IZTAPALAPAN.

Era aquella una grande y hermosa ciudad, situada hácia la punta de la pequeña

[1] Cortés no hace mencion de la entrada de los españoles en Texcoco. Tampoco hablan de ella Bernal Diaz, Acosta, Gomara, ni Torquemada; pero se infiere claramente de un pasaje de la carta escrita por Cortés á Carlos V en 1522. Herrera y Solis hacen mencion de aquel suceso, pero con circunstancias opuestas á la verdad. Dicen que ántes fueron los españoles à Texcóco, y despues á Cuitlahuac; en lo que manifiestan ignorar la situacion de aquellos lugares. Afirman que Cacamatzin acompañó á Cortés á Texcoco; pero lo contrario consta por la relacion del mismo Cortés, y por los MS antiguos citados por D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl. Nada dicen de la reconciliacion de los dos príncipes, ni del motivo que tuvo Cortés para ir á Texcoco, separándose del camino que conducia á México. Yo sigo en esta parte á Betancourt, que escribió con el auxilio de las Memorias de Alba y de Sigüenza.

[2] Un hisioriador indio, citado por Alba, dice que en esta ocasion se bautizó Ixtlilxochitl, con otros doscientos nobles de su corte; mas esta es una fábula tan inverosímil, que no necesita impugnacion.

península que media entre los dos lagos, el de Chalco á Mediodía, y el de Texcoco al Norte. Ibase de esta península á la isla de México, por un camino empedrado, de siete millas de largo, y construido sobre las aguas muchos años ántes. La poblacion de Iztapalapan era de mas de doce mil casas, fabricadas por la mayor parte en muchas isletas, próximas unas á otras, junto á las cuales habia innumerables huertos y jardines flotantes. Mandaba á la sazon en la ciudad el príncipe Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, y su inmediato sucesor en la corona de México. Aquel personaje y su hermano Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, acogieron al caudillo español con las mismas demostraciones que habian hecho los otros señores de los pueblos por donde habia pasado. Cumplimentólo Cuitlahuatzin con una elegante arenga, y lo alojó, con las tropas que lo acompañaban, en su mismo palacio. Era este un vastísimo edificio de cal y canto, recien construido, y aun no completamente amueblado. Ademas de las muchas salas y estancias cómodas, cuyos techos eran de cedro y cuyas paredes estaban cubiertas de telas finas de algodon; ademas de los grandes patios en que se acuartelaron las tropas aliadas de los españoles, tenia un jardin de estraordinario tamaño y amenidad, de que ya he hablado, cuando traté de la agricultura de los Mexicanos. Despues de comer, condujo el príncipe á sus huéspedes al jardin, donde se recrearon mucho, formando una gran idea de la magnificencia de aquellos pueblos. En esta ciudad observaron los españoles, que en lugar de las quejas y murmuraciones que en otras partes habian oido, solo resonaban encomios del gobierno, porque la proximidad de la corte hacia mas cautos y prudentes á los habitantes.

Al dia siguiente muy temprano, marcharon los españoles por aquel gran camino, que, como he dicho, unia á Iztapalapan con México. Estaba cortado por siete pequeños canales, para el paso de los barcos, y sobre ellos habia otros tantos puentes de madera, para la comodidad de los pasajeros. Estos puentes se alzaban con facilidad, cuando querian impedir el paso á los enemigos. Despues de haber pasado por Mexicaltzinco, y visto las ciudades de Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mixcoac, fundadas en la orilla del lago, llegaron en medio de una muchedumbre increible de gente á un lugar llamado Xoloc, en que se unia aquel camino con el de Coyohuacan. En el ángulo que formaban los dos, y que solo distaba media legua de la capital, habia un buen baluarte, con dos torrecillas, circundado por un muro de diez piés de alto, con parapeto y almenas, dos salidas, y un puente levadizo: sitio memorable en la historia de México, por haber sido el campo del general español en el asedio de aquella capital. Allí hizo alto el ejército, para recibir el parabien de mas de mil nobles Mexicanos, que venian todos uniformemente vestidos, y que al pasar por delante del general español, le hacian el acostumbrado cumplimiento de tocar la tierra y besarse la mano.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN MEXICO.

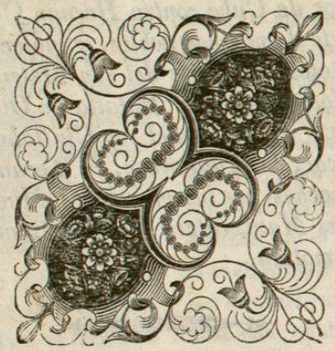
Terminada aquella etiqueta, que duró mas de una hora, continuaron los españoles su viaje, tan bien ordenados, como si fuesen á dar una batalla. Poco ántes de llegar á la ciudad, tuvo Cortés aviso de que salia á recibirlo el rey de México, y de allí á poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedian tres nobles que alzaban las manos, y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la magestad, con las cuales se anunciaba al público la presencia del soberano. Venia Moteuczoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro, que llevaban en hombros cuatro nobles, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas; en la cabeza una corona ligera de oro, y en los piés unas suelas, tambien de oro, atadas con cordones de cuero, cubiertas de oro y piedras preciosas. Acompañábanlo doscientos señores, mejor

134

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

vestidos que los otros nobles; pero todos descalzos, de dos en dos, y muy arrimados á los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron á verse el rey y el general español, desmontaron: aquel de su litera, y este de su caballo, y Moteuczoma echó á andar, apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Iztapalapan. Cortés, despues de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordon de oro con cuentas de vidrio, que parecian piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortés abrazarlo, no se lo permitieron los dos señores que apoyaban al monarca [1]. Declaróle el general, en una breve arenga, como lo requerian las circunstancias, su afecto, su veneracion, y el placer que esperimentaba al conocer un rey tan grande y tan poderoso. Moteuczoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio, con dos collares de hermoso nácar, de que pendian algunos cangrejos grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Texcoco.

Tanto la nobleza, como el pueblo inmenso que desde las azoteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturdidos, no ménos por la novedad de tantos objetos estraordinarios, que por la inaudita dignacion de su rey, la cual contribuyó muy eficazmente á engrandecer la reputacion de los españoles. Estos marchaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios, el número de habitantes; y siguieron andando por aquel grande y ancho camino, que, sin separarse de la línea recta, servia de continuacion sobre las aguas del lago, al de Iztapalapan, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus ánimos, con la admiracion, el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino estraño. Así procedieron, por espacio de milla y media, dentro de la ciudad, hasta el palacio que habia sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Allí los esperaba Moteuczoma, que con este objeto los habia precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano, y lo introdujo en una gran sala: hízolo sentar en un reclinatorio, semejante á los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodon, cerca de un muro, cubierto tambien de una colgadura adornada de oro y piedras, y despidiéndose cortesmente, le dijo: "Vos y vuestros compañeros, estais ahora en vuestra propia casa; comed, y descansad, que yo volveré en breve."

Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los Mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mugeres, y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por do quiera un aseo esquisito: casi todas las piezas tenian camas de esteras de junco y de palma, segun el uso de aquellos paises, con rollos de lo mismo para servir de almohadas; cortinas de algodon, y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenian el piso esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodon de varios colores. Los muros eran gruesos, y tenian torres de distancia en distancia; así que, los españoles encontraron allí cuanto podian apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería, enfrente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo dia por sus enemigos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, miéntras se distribuian al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este dia tan memorable para españoles y Mexicanos, fué el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al pais de Anáhuac.

[1] Solis al referir este encuentro comete cuatro errores. Dice que el regalo de Cortés era una banda; que los dos señores que acompañaban à Moteuczoma, no permitieron que se la pusiese al cuello; que hicieron esto con muestrás de enojo, y que el monarca los reprendió y contuvo. Todo esto es falso, y opuesto á la relacion del mismo Cortés.